

LA LEGALIDAD COMO ALTERNATIVA

La situación política de Chile se sale de los límites de un problema nacional e incluso de un problema internacional, para entrar en la historia universal como ejemplo primero de una situación hasta ahora inédita. Desde que Marx y Engels defendieron la necesidad inexcusable de una dictadura de clase para que pudiera producirse la transición a una sociedad socialista, no ha habido ningún intento práctico y muy pocas especulaciones teóricas que reflejasen con claridad, en el orden de los hechos, la posibilidad de una transición pacífica hacia el socialismo. La tesis general que asume la violencia como uno de los elementos imprescindibles para que pueda producirse una revolución con profundidad suficiente para que las instituciones capitalistas sean abolidas, tanto al nivel de la estructura económica, como en el de la superestructura social e ideológica, parece que se oscurece, o por lo menos pierde su carácter de solución única y exclusiva, ante el caso de Chile.

El problema fundamental, para contribuir a cuya solución hemos asistido diversas personas de distintas nacionalidades a unas reuniones de trabajo en Santiago de Chile, es el de no salirse de la legalidad para hacer una verdadera revolución. Sin escaparse de las exigencias de la legalidad constitucional, ha sido necesario encontrar los medios para vencer los obstáculos que se oponían y se oponen al proceso revolucionario en un sistema que admite el pluralismo político. Quiere esto decir, que en el orden constitucional chileno hay diversos partidos, de derechas unos, otros de izquierdas, y que sin excluir a ninguno del juego político, se logre por la aceptación de los criterios mayoritarios, es decir, del supuesto básico de la democracia formal, transformar las estructuras políticas y económicas de Chile, con los consiguientes cambios en las estructuras sociales, instaurando el socialismo.

Los obstáculos que hay que vencer son fundamentalmente los siguientes:

1.º El no salirse de la legalidad constitucional admitiendo el juego parlamentario con la derecha, con los inconvenientes que esto supone en un Parlamento en el

que predomina el sistema de coalición y la coalición de derechas es numéricamente superior a la coalición de izquierdas.

2.º Es necesario enfrentarse con el sistema tradicional de propiedad, destruyendo los privilegios de la oligarquía, bien por la

continuidad institucional burguesa, y la presencia de tradiciones caducas que permanecen por la fuerza inercial de los prejuicios.

4.º Ha sido necesario enfrentarse con el propio proceso de desmesuramiento y exageración

el proceso revolucionario como la sustitución de los que poseían la propiedad de los bienes de producción por unos nuevos propietarios tan celosos de conseguir beneficios del capital como podían estarlo los antiguos. Especialmente entre los campesinos este fenómeno se había generalizado rebasando en algunos casos los cuadros dirigentes.

6.º Por último ha sido imprescindible, por respeto a la legalidad, evitar que se diese el mal tan extendido en los países latinoamericanos, del pronunciamiento militar. Las izquierdas, de modo muy concreto el propio Presidente Allende, ha tenido que testimoniar al Ejército que la revolución no aspiraba ni a la violencia ni a romper el marco de la ley, y que el propio Ejército, de acuerdo en este caso con una inalterada tradición chilena, tenía que respetar lo mismo que las fuerzas revolucionarias, la Constitución vigente.

Conociendo de antemano la excepcionalidad del caso de Chile, es fácil hacerse cargo de la preocupación de un visitante especialmente interesado en el problema por afinidad ideológica con la izquierda y por razones de carácter científico. En mi caso concreto, he ido a Chile dispuesto a contribuir, en cuanto dan de sí mis conocimientos, a estudiar la posible transformación de su legalidad constitucional, sin salirse de ella, y a ver de cerca una experiencia que podía ser modelo y guía para otras experiencias no sólo en América, sino en Europa.

La primera sorpresa, porque sorpresa fue, me la causó la enorme serenidad de los dirigentes políticos de la Unidad Popular en momentos tan difíciles. Era previsible que hubiera nerviosismo, tensión psíquica y dudas respecto de qué hacer. La situación casi exigía esta actitud tensa y de inestabilidad. Sin embargo, de entre las muchas personalidades de los partidos de izquierda con que he hablado no encontré a nadie que no estuviese absolutamente tranquilo. Tranquilidad que no implicaba desconocimiento de las dificultades, sino la convicción profunda de que siguen el camino recto y que cualquier fracaso habrá que aceptarlo como una interrupción, pero nunca como un final.

ENRIQUE TIERNO GALVAN

socialización de los medios de producción, bien por la nacionalización de las empresas, como primer paso antes de llegar a la socialización inevitable.

3.º Hay que enfrentarse con la mitología burguesa, especialmente enraizada en la clase media. La clase media está impregnada de mitos hostiles a la revolución, como el mito del orden, entendiéndose por orden no la paz pública, sino

que se origina en las fuerzas revolucionarias por la intoxicación ideológica que produce la literatura política, pensada desde elementos utópicos no sólo incapaces de adaptarse a la práctica, sino destructores de la propia práctica.

5.º Es también un obstáculo grande el orientar debidamente la mentalidad de las fuerzas populares, que por falta de preparación ideológica, tienden a interpretar

El profesor Tierno Galván (en la foto, junto al Presidente Allende) fue invitado a Chile por el Centro de Estudios de la Realidad Nacional, que depende de la Universidad Católica. Este centro está dirigido por personas integradas en la Unidad Popular en el grupo de Democracia Cristiana de izquierda.





Una reunión del Gobierno chileno, presidido por Allende, en la sala de Consejos de una industria nacionalizada («Sumar»). La fábrica tiene cuatro mil obreros y es una de las más importantes en el ramo textil. El Presidente y sus colaboradores estuvieron tres días en la fábrica. La estancia forma parte de una experiencia que tiene por motivo explicar a los trabajadores la marcha política y económica de la nación.

Desde esta situación de sosiego y confianza se han podido discutir los problemas más graves e inmediatos con una objetividad que en algunos casos podrían parecerle a un observador superficial resultado de la inconsciencia. Pero después de convivir unos días se ve claro que es resultado de la propia actividad analítica. El análisis repetido y exhaustivo de los temas ha llevado a los revolucionarios chilenos a considerar los problemas con distancia intelectual suficiente para reprimir sus propias emociones y poner entre paréntesis cualquier natural inclinación de recurrir a la vieja fórmula de la dictadura del proletariado, aunque sólo fuera como amenaza y criterio.

En un ambiente de escasez, no de pobreza, sino de escasez, que va sustituyendo lentamente a la antigua abundancia, encontramos un pueblo ejemplar que acepta las pequeñas privaciones con buen humor y que se enfrenta a las amenazas e incluso a las violencias de ciertos grupos de derechas con una calma imperturbable. Es verdad que la escasez aumenta y que es tópico común de conversación el gravísimo problema de que en marzo se acaban los créditos y el dogal norteamericano puede apretar tanto que llegue a pretender estrangular la revolución por el hambre. Pero ni ante

esta perspectiva se pierde el aplomo y el buen sentido. La fórmula de máximo consuelo es que lo que hasta ahora se ha hecho tiene el carácter de irreversible y que la pobreza se ha ido convirtiendo, pese a todo, en una situación de mayor igualdad que implica una escasez bien distribuida, casi equivalente, para el antiguo proletariado, a la abundancia.

En las reuniones sobre el posible cambio constitucional, pues la constitución vigente no es pétreo y tiene, por lo tanto, medios para poder reformarse, se han discutido los problemas fundamentales que enumeramos al principio. Unas horas de trabajo por la mañana, un almuerzo austero y más horas de trabajo por la tarde, con la concurrencia no sólo de los partidos de izquierda, sino también de representantes de algunos partidos de derechas, fundamentalmente de la democracia cristiana, aliada al partido nacional, a la democracia radical y al partido democrático nacional.

La opinión común es que los campesinos comienzan a potenciarse como clase y que no se sienten ya sustitutos de los antiguos propietarios, sino participantes de la propiedad, que en última instancia pertenece al pueblo. En este sentido, el optimismo es general. Ante mi crítica, quizá excesiva, de que las menciones de

Marx y, en general, de las autoridades teóricas marxistas, tenían cierto carácter ritual y dogmático, me hicieron observar que procedían más de los extranjeros que de los propios chilenos, y uno de los miembros del partido comunista me dijo con buen humor que cuando ellos citaban a Marx siempre lo hacían en pretérito, pues su intención explícita era huir de toda cristalización o dogmatismo. Sólo en algunos casos, que por su excepción resultan sospechosos, se oye ya el lenguaje desmesurado de las revoluciones de salón. En este sentido, mi experiencia más penosa fue la conversación con unos pretendidos revolucionarios que utilizaban un lenguaje propio de lo que se ha llamado la izquierda divina y que acabaron preguntándome el costo de vida en España, pensando en un viaje turístico por aquí. Comentaba después este hecho con algunos jóvenes del MAPU y me decían riendo que cuanto antes iniciasen el viaje estos radicales estéticos tanto mejor para todos.

De la revolución, irreversible en muchos aspectos, se puede pasar quizá a una situación de lentitud en el proceso revolucionario, si en las próximas elecciones las derechas ganan algunos escaños. Los cálculos oscilan entre quienes piensan en un 46 por 100 para la izquierda o un 30 por 100 del voto.

El término medio del 36 al 38 es la opinión más extendida. Si como se supone las derechas triunfan, aunque sea por un margen relativamente pequeño, mejorando su situación actual, la acción revolucionaria irá más lenta. Tendrá que hacerse a través del ejecutivo y aprovechando el gran prestigio de Allende. El Gobierno de Allende continuará promoviendo el movimiento revolucionario merced a los llamados «resquicios legales». Estos resquicios legales son el conjunto de disposiciones, más o menos anticuadas, pero vigentes, que permiten que el poder ejecutivo actúe sin necesidad de la aprobación parlamentaria. De este modo y utilizando mecanismos de una Constitución esencialmente presidencialista, se ha podido, sin romper la legalidad, transformar parte de la estructura económica de Chile, respetando, por ahora, la estructura política.

La transformación política, de la que nos hemos preocupado fundamentalmente en los coloquios a los que antes me refería, no podrá producirse hasta que no se haya consolidado la transformación económica, y a través de ella se haya vencido la resistencia de la pequeña burguesía, el gran obstáculo con el que hoy tropieza la revolución en Chile. El pequeño burgués es constitutivamente mie-

dos en cuanto se refiere a la actividad pública. El mito del orden le convierte, aun a pesar suyo, en un contrarrevolucionario eficaz. Ante el temor de que llegue a faltar, acapara aceite, acapara cigarrillos, acapara ropa y en un mercado de escasez crea situaciones graves para el consumo. Es muy difícil persuadir a esta pequeña burguesía de que con un mínimo sacrificio y un «mínimo» de confianza servirían a su país y a una causa justa sin mayor esfuerzo. Tampoco es posible castigarlos por procedimientos que no sean legales ni evitar que se sientan apoyados por la propaganda de las derechas, puesto que los partidos de derechas están legítimamente dentro del juego constitucional. Si a esto se añade la necesidad de reconstruir una gran parte del mercado del cobre y la terrible hostilidad norteamericana, queda claro que hasta que no se afirme la economía y la pequeña burguesía se convenza de que puede vivir con mayor justicia y en un orden sin mitificar durante la transición hacia el socialismo, y en el socialismo no será posible iniciar el cambio en las instituciones políticas. Los miembros del MIR, poseídos de una mentalidad de urgencia revolucionaria, a veces peligrosa para la propia revolución, se irritan ante esta muralla opaca y mediocre, pero firme, que la pequeña burguesía opone a la revolución. Uno de ellos me decía: «Hay que armar al pueblo y acabar de una vez con esta resistencia intolerable a lo que es bueno para Chile y para el mundo». Este criterio apenas es compartido hasta ahora por las izquierdas, y probablemente el buen juicio continuará imponiéndose evitando que la guerra civil o la ininterrumpida violencia callejera destruyan el gran ensayo chileno.

Es cierto que lentamente se puede desequilibrar el sosiego y paciencia del sector político que intenta orientar la revolución sin institucionalizar un sistema represivo cuyo ejecutor sea el pueblo. Las provocaciones de ciertos sectores de derechas, bien directamente, bien por influencia de los agentes provocadores de otras potencias, como se pudo comprobar en la pasada huelga de septiembre, no cesarán. Tal vez la tensión pudiera transformarse en violencia con una juventud menos consciente de cuál es su deber revolucionario. Es probable que hubiese una agresión revolucionaria si no se contase con el apoyo moral de quienes más ponen en la revolución, los jóvenes. Es otra de las sorpresas de Chile, la capacidad de sacrificio, soslayando cualquier ostentación de que están haciendo un sacrificio, por parte de los miles de jóvenes que concilian el trabajo físico con el trabajo intelectual y la máxima austeridad con el paciente buen humor.



Manifestación de trabajadores ferroviarios, como protesta a la reducción hecha por la oposición parlamentaria en el presupuesto de ferrocarriles.

LA LEGALIDAD COMO ALTERNATIVA

El visitante que oye hablar algunas veces de la violencia inminente, que suele anunciarse para cuando sea necesario renovar los créditos, que sólo a gotas se le conceden a Chile, se fortalece en la idea de que nada va a pasar, contemplando los cuadros de dirigentes jóvenes, en los que la diferencia entre el obrero manual, el trabajador especializado y el intelectual comienza a borrar sus perfiles en beneficio de la revolución y como resultado de la revolución.

En las jornadas de trabajo me ha correspondido sentarme alguna vez al lado de un general que asistió al coloquio sometiéndose gustoso a las preguntas de los coloquiante. De su presencia y trato nació una especial seguridad que alejaba otro de los temores respecto a la violencia, el te-

mor al pronunciamiento. El general leyó en cierta ocasión pausadamente su respuesta a una pregunta. Fue una respuesta clara que expresaba muy bien la posición de la mayoría del Ejército: «El Ejército, vino a decir, es un ingrediente más de los que constituyen la nación, su deber es ayudar a que se mantenga la ley votada por el pueblo. Si el pueblo elige la vía de la transición hacia el socialismo no será el Ejército quien la interrumpa, porque el Ejército no es un cuerpo extraño al país, sino uno de sus elementos fundamentales».

La opinión del general no sólo es testimonio de la mucha conciencia cívica del militar chileno, es también un testimonio de marginación voluntaria del proceso político para servir al poder de

donde toda legalidad mana, es decir, al pueblo.

No parece, por consiguiente, que haya motivos profundos para tanto pesimismo como el que se suele descargar cuando se opina sobre este pueblo tranquilo y vencido de la justicia de sus actos, que está intentando la revolución más renovadora de cuantas revoluciones ha habido: la revolución que impone la ley sobre la violencia. Es necesario convivir con la clase política dirigente chilena de izquierdas para contagiarse de tranquilidad y optimismo.

No olvidará, en la comida de despedida con el Presidente, las palabras que éste dijo al ministro de Justicia, que hubo de irse un poco antes de concluir para atender a una reñida discusión parlamentaria respecto de un proyecto que disgustaba a la mayoría conservadora: «Salude usted con igual afecto a los amigos y a los adversarios». Pude oír bien la frase de Allende, pues estaba sentado entre él y el ministro que salía. La frase es en sí misma un compendio de lo que el ensayo chileno va a significar para el futuro del socialismo en Occidente, si como espero y deseo sigue adelante.

Lentamente el proletariado, incluso los gremios dominados por fuerzas hostiles a la revolución, los camioneros, por ejemplo, se impregnan de solidaridad revolucionaria; quizá el primer paso para llegar a tener conciencia de lo que significa la revolución para Chile y para el mundo. Tuve ocasión de hablar con unos obreros que estaban iniciando su vida de trabajadores en una propiedad colectivizada. Tenían una confianza absoluta en sus compañeros de clase. «Ya verá —me decían—, en marzo ganamos». Uno de ellos, tal vez más reflexivo, añadió: «Si las derechas no siguen el camino de la revolución, desaparecen». Por paradójico que parezca, este compañero había dicho una gran verdad: La única posibilidad legal de la derecha chilena para subsistir durante algún tiempo como derecha es seguir despacio e intentando frenarlo, pero seguir el proceso de la revolución.

Contra la mayoría de las opiniones yo pienso que en marzo las izquierdas pueden dar una gran sorpresa. Si así fuera, se podría ir abandonando el lento y complicado sistema de los resquicios legales y entrar en la reforma constitucional. Cuando este momento llegue se intentará establecer una constitución política que, respetando la pluralidad ideológica y de partidos, permita a los trabajadores participar de modo inmediato en las supremas decisiones legislativas. A partir de aquí se habrá entrado de lleno en la última fase del experimento de la transformación sin violencias de una sociedad capitalista en una sociedad socializada. ■ E. T. G.